

# ¿Inventó Marx el ecosocialismo?

Michel Husson

**vientoSUR** Número 156/Febrero 2018



■ Ciento cincuenta años después de la aparición de *El Capital*, ¿en qué resulta útil la obra de Marx para definir un proyecto ecosocialista? En él se pueden encontrar intuiciones fecundas, pero también elementos de método que permiten pensar el poscapitalismo.

## Tres concepciones de las relaciones entre la especie humana y la naturaleza

En la obra de Marx hay varias concepciones que, con riesgo de simplificación, se pueden calificar de *prometeica*, *productivista* y *metabólica*.

La primera concepción fue desarrollada por Marx en los *Manuscritos de 1844*. Marx insiste en la idea de que el comunismo es “la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza”.

## “En la obra de Marx hay varias concepciones que se pueden calificar de *prometeica*, *productivista* y *metabólica*”

Desembarazada de la propiedad privada, la sociedad se da “la plena unidad esencial del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo realizado del hombre y el realizado humanismo de la naturaleza” (Marx, 2005).

Esta simbiosis no está sin embargo desprovista de una voluntad *prometeica* de afirmar una forma de dominio humano ejercido sobre la naturaleza.

Este sesgo potencial se hace todavía más evidente con la versión *productivista* desarrollada en diversos esbozos de *El Capital* y especialmente en la *Contribución a la crítica de la economía política*, publicada en 1859. Marx introduce en ella la famosa oposición entre “fuerzas productivas” y “relaciones de producción”. Pero no discute sobre la naturaleza de esas fuerzas productivas. Y en *Elementos para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* hace incluso prueba de una especie de fascinación ante la “gran acción civilizadora del capital” que ha sabido crear “la apropiación universal de la naturaleza”. Es así como “la naturaleza se convierte puramente en objeto para el hombre, en cosa puramente útil; cesa de reconocérsele como poder para sí; incluso el reconocimiento teórico de sus leyes autónomas aparece solo como artimaña para someterla a las necesidades humanas, sea como objeto del consumo, sea como medio de la producción” (Marx, 2007).

Finalmente aparece una tercera problemática en los trabajos de Marx (y Engels) sobre la renta de la tierra y más generalmente sobre

la agricultura. Marx se oponía a la concepción de Ricardo según la cual los rendimientos agrícolas son decrecientes porque la valorización de las tierras va de las más fértiles a las menos fértiles. Llegó hasta reprochar a “todos los economistas que escribieron sobre la renta diferencial” el haber ignorado “las verdaderas causas naturales del agotamiento del suelo..., a causa del estado de la química agrícola de su época” (Marx, 1959, T III). Para superar esa ignorancia, Marx se obligó a estudiar los desarrollos científicos más recientes: “Me ha sido necesario bucear a fondo en la nueva química agrícola alemana, muy especialmente Liebig y Schönbein que son más importantes para este tema que todos los economistas reunidos”, escribe en una carta a Engels el 13 de febrero de 1866. En *El Capital* se apoya especialmente en el tratado de Justus von Liebig **1/**, uno de cuyos “imperecederos méritos” es el de haber desarrollado “el aspecto negativo de la agricultura moderna” (Marx, 1959, T I). En efecto, en sus *Letters on modern agriculture*, Liebig enuncia de forma muy clara el riesgo de agotamiento de los suelos: “El poder productivo de un campo al que se sustrae en permanencia alguna cosa no puede aumentar, ni siquiera conservarse. Todo sistema agrícola basado en la explotación de la tierra conduce a la pobreza”. Para él, “la agricultura racional se basa en el principio de la restitución; dando a los campos las condiciones de su fertilidad, el campesino asegura su permanencia” (pp. 143-144).

Por otra parte es interesante observar que Marx sigue la evolución de Liebig que, entre las sucesivas ediciones de su libro, pasa de una apología acrítica de la química agrícola al cuestionamiento de sus destrozos. En *El Capital*, Marx cita la séptima edición, aparecida en 1862, en la que Liebig subraya los destrozos de lo que hoy llamaríamos agricultura intensiva. Así, vemos emerger una temática completamente diferente en la que el capital “socava, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador”. Por tanto, se cuestiona el metabolismo (Marx utiliza en varias ocasiones el término) entre la especie humana y la naturaleza y es por eso que se puede hablar de una concepción *metabólica*. La conclusión de Marx es muy clara: “La moraleja de la historia, que también puede extraerse de la precedente consideración acerca de la agricultura, es que el sistema capitalista se opone a una agricultura racional, o que la agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista (pese a que este promueve su desarrollo técnico), y que necesita la mano de los pequeños campesinos que trabajan personalmente, o bien el control de los productores asociados” (Marx, 1959, T III).

**1/** Justus von Liebig, *Die Chemie in ihrer Anwendung auf Agrikultur und Physiologie*, 1862 (7ª edición). Para la pequeña historia, Justus von Liebig inventó y re-

gistró en 1847 un procedimiento de extracción de carne alimentaria (*extractum carnis Liebig*) que está en el origen de la marca Liebig.

## **Marx y Engels, ecologistas prematuros**

**El arte de robar el suelo.** “Y todo progreso de la agricultura capitalista no es solo un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino a la vez en el arte de esquilmar el suelo; todo avance en el acrecentamiento de la fertilidad de este durante un lapso dado, un avance en el agotamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad. Este proceso de destrucción es tanto más rápido cuanto más tome un país, es el caso de los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo a la gran industria como punto de partida y fundamento de su desarrollo. La producción capitalista, por consiguiente, no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador” (Marx, 1959, T I).

**Interrupción en el equilibrio del metabolismo social.** “La gran propiedad del suelo reduce la población agrícola a un mínimo en constante disminución, oponiéndole una población industrial en constante aumento, hacinada en las ciudades; de ese modo engendra condiciones que provocan un desgarramiento insanable en la continuidad del metabolismo social, prescrito por las leyes naturales de la vida, como consecuencia de lo cual se dilapida la fuerza del suelo, dilapidación esta que, en virtud del comercio, se lleva mucho más allá de las fronteras del propio país (Liebig)” (Marx, 1959, T III).

**Modo de producción miope.** “El fabricante o el comerciante de que se trata se da por satisfecho con vender la mercancía fabricada o comprada con el margen de ganancia usual, sin que le preocupe en lo más mínimo lo que mañana pueda suceder con la mercancía o con su comprador. Y lo mismo sucede con las consecuencias naturales de estos actos. A los plantadores españoles de Cuba, que pegaron fuego a los bosques de las laderas de sus comarcas y a quienes las cenizas sirvieron de magnífico abono para una generación de cafetos altamente rentables, les tenía sin cuidado el que, andando el tiempo, los aguaceros tropicales arrastrasen el mantillo de la tierra, ahora falto de toda protección, dejando la roca pelada. Lo mismo frente a la naturaleza que frente a la sociedad, solo interesa de un modo predominante, en el régimen de producción actual, el efecto inmediato y el más tangible, y, encima, todavía produce extrañeza el que las repercusiones más lejanas de los actos dirigidos a conseguir ese efecto inmediato sean muy otras y, en la mayor parte de los casos, completamente opuestas” (Engels, 1876).

**Los efectos imprevistos y destructivos.** “No debemos, sin embargo, lisonjearnos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Esta se venga de nosotros por cada una de las derrotas que le inferimos. Es cierto que todas ellas se traducen principalmente en los resultados previstos

y calculados, pero acarrearán, además, otros imprevistos, con los que no contábamos y que, no pocas veces, contrarrestan los primeros. Quienes desmontaron los bosques de Mesopotamia, Grecia, el Asia Menor y otras regiones para obtener tierras roturables no soñaban con que, al hacerlo, echaban las bases para el estado de desolación en que actualmente se hallan dichos países, ya que, al talar los bosques, acababan con los centros de condensación y almacenamiento de la humedad” (Engels, 1876).

Por tanto, sobre este punto, como sobre otros, la obra de Marx no es un bloque compacto, sino un trabajo en constante evolución que se inspira en los trabajos científicos de su época y permite diferentes interpretaciones. Para algunos, el Marx productivista habría inspirado una concepción del socialismo como un desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas que conduce a la sociedad de la abundancia. De ese modo se le podría tener por responsable intelectual del desastroso balance ecológico de la Unión Soviética, simbolizado por el desecamiento del mar Aral.

En todo caso, sin llegar hasta ahí, Marx habría faltado a la cita con la ecología al rechazar las sugerencias de Serguei Podolinsky. Este socialista ucraniano le había propuesto completar su teoría del valor-trabajo con una medida basada en el consumo de energía. De sus intercambios, se conocen sobre todo los comentarios de Engels en una carta a Marx en la que escribe: “Lo que Podolinsky ha olvidado por completo es que el hombre, en cuanto obrero, no es simplemente un fijador del calor solar actual, sino un derrochador muchísimo mayor del calor solar del pasado. Las reservas de energía, carbón, minas, bosques, etcétera, que hemos logrado despilfarrar, las conoces mejor que yo” (Engels, 1882). Así pues, es más bien Engels quien tenía razón y su última frase relativiza la crítica de Daniel Tanuro para quien Marx y Engels no habrían tomado en consideración más que los flujos de energía y despreciado el agotamiento de los stocks, especialmente de hulla (Tanuro, 2007).

Por otra parte es útil volver sobre la propuesta de Podolinsky. Consistía, en resumen, en proponer una contabilidad energética que suministrase “una base científica a la teoría del valor” (por retomar una expresión de Joan Martínez Alier) <sup>2/</sup>. Hay argumentos retrospectivamente obsoletos en el rechazo de Engels, pero sobre el fondo —es decir, la teoría del valor-trabajo— su respuesta nos parece correcta. Engels insistirá de nuevo sobre este punto en *Dialéctica de la Naturaleza*, donde escribe: “Hay quienes parecen complacerse en retransferir a la economía la categoría termodinámica de trabajo, como hacen los darwinistas con la lucha por la existencia, lo que solo conduciría a un resultado absurdo. ¡Que alguien intente reducir cualquier clase de *skilled labour* (trabajo cualificado)

<sup>2/</sup> Citado por Daniel Bensaïd, “Marx, la tormenta de la materia” en *viento sur* n° 17, octubre 1994, disponible en <http://www.vientosur.info/spip.php?article3423>.

a kilográmetros y determinar el salario sobre esta base!” (Engels, 2017). El kilográmetro (kgm) es una unidad de medida que repre-

senta el *trabajo* necesario para elevar un metro una unidad de masa de un kilogramo. El doble sentido de la palabra *trabajo* subraya su ambigüedad y *el absurdo* consistente en amalgamar una relación social (el valor-trabajo) y una medida física (367.000 kgm = 1 kWh). Ello sería confundir valor de cambio y valor de uso y dos formas de cálculo económico, tal como se verá más adelante. Calcular los contenidos en energía de la producción es evidentemente útil para una planificación ecológica, pero eso es claramente algo que el capitalismo no hace.

Una de las razones de las ambivalencias, incluso contradicciones, del pensamiento de Marx es que evolucionaba en función de los avances científicos de su tiempo. Marx asistía a numerosas conferencias, por ejemplo las impartidas por el geofísico John Tyndall. Este último estableció, por primera vez en 1861, un vínculo entre la composición de la atmósfera (en vapor de agua, pero también en CO<sub>2</sub>) y los cambios climáticos <sup>3/</sup>. Aunque no estableció una relación con la actividad industrial, sentó las bases de una dimensión esencial de la ecología. No se puede, pues, reprochar a Marx el haber ignorado los avances científicos de su tiempo, y menos aún el no haber anticipado los desarrollos ulteriores y, por ejemplo, haber despreciado los trabajos del GIEC (Grupo de Expertos Intergubernamental para la Evaluación del Clima)! No es posible tampoco reducir a Marx al productivismo, incluso al hiperconsumo. Basta quizás recordar ese bello aforismo sacado de un panfleto anónimo de 1821 que Marx cita elogiosamente en los *Grundrisse*: “Una nación es verdaderamente rica *si no existe interés alguno* o si se trabajan 6 horas en lugar de 12” (Marx, 2007) <sup>4/</sup>.

### Los marxistas después de Marx

Por eso es necesario explicar por qué la tradición marxista y la práctica soviética no se han apoderado totalmente de las intuiciones *preecológicas* de Marx. Por ejemplo, en Kautsky, teórico de la cuestión agraria (Kautsky, 1968), encontramos resonancias. Bujarin retoma la noción del metabolismo para formular algunas generalidades: “Sería absurdo decir que el ser humano es el amo de la creación y que todo en ella está para satisfacer sus necesidades (...). El hombre nunca podrá escapar de la naturaleza, y aun cuando la *controla*, está solo haciendo uso de las *leyes de la naturaleza* para sus propios fines. Es, pues, comprensible la

<sup>3/</sup> John Tyndall, “On the Absorption and Radiation of Heat by Gases and Vapours, and on the Physical Connexion of Radiation, Absorption, and Conduction”, *The London, Edinburgh, and Dublin Philosophical Magazine and Journal of Science*, Series 4, Volume 22, Issue 146, 1861. John Tyndall era por otra parte un alpinista que estudió los glaciares de los Alpes. En su honor se otorgó su nombre al Monte Tyndall, en Sierra Nevada, California (4.273 metros).

<sup>4/</sup> Charles Wentworth Dilke, *The Source and Remedy of the National Difficulties* (la identidad del autor fue revelada por su nieto). La fórmula que Marx cita es la siguiente: “Se desprendería que los seres humanos no trabajarían más que seis horas, mientras que hasta entonces trabajaban once, y eso es la riqueza nacional, la prosperidad nacional”. (*The next consequence therefore would be, that where men heretofore laboured twelve hours they would now labour six, and this is national wealth, this is national prosperity.*)

importancia que tiene la naturaleza en el desarrollo total de la sociedad humana” (Bujarin, 1974).

En cuanto a Trotsky, lo menos que se puede decir es que abraza una visión prometeica cuando escribe: “El emplazamiento actual de las montañas, ríos, campos y prados, estepas, bosques y orillas no puede ser considerado definitivo. El hombre ha realizado ya ciertos cambios no carentes de importancia sobre el mapa de la naturaleza; simples ejercicios de estudiante en comparación con lo que ocurrirá. La fe solo podía prometer desplazar montañas; la técnica, que no admite nada *por fe*, las abatirá y las desplazará en la realidad. Hasta ahora no lo ha hecho más que por objetivos comerciales o industriales (minas y túneles); en el futuro lo hará en una escala incomparablemente mayor, conforme a planes productivos y artísticos amplios. El hombre hará un nuevo inventario de montañas y ríos. Enmendará rigurosamente y en más de una ocasión a la naturaleza. Remodelará en ocasiones la tierra a su gusto. No tenemos ningún motivo para temer que su gusto sea malo”. O todavía más fuerte: “El hombre socialista dominará la naturaleza entera, incluidos esos faisanes y esos esturiones, por medio de la máquina. (...). La máquina no se opondrá a la tierra. Es un instrumento del hombre moderno en todos los dominios de la vida” (Trotsky, 2014; Tanuro, 2010).

A pesar de estas, cuando menos desiguales, tomas de conciencia, hay que recordar que durante algunos años la joven Rusia soviética se preocupó de la conservación de la naturaleza, especialmente bajo el impulso de Lunacharsky, el comisario del pueblo para la Instrucción Pública, y bajo la égida del sabio Vernadsky. Este último era, por otra parte, miembro fundador del partido cadete (constitucional democrático), opuesto al bolchevismo, y fue protegido de la Checa por el mismo Lenin. Vernadsky también es conocido por haber inventado el concepto de la biosfera y quizá por esta razón se le considera como uno de los fundadores de la ecología.

También fue Lenin quien creó el primer parque natural en el mundo exclusivamente dedicado al estudio científico de la naturaleza y quien promulgó decretos para proteger las pesquerías de una explotación depredadora. Pero evidentemente solo duró un tiempo. El giro se produjo en 1928 con la política agraria represiva contra los kulaks y después con el auge del lysenskismo 5/. Quizá es ahí donde se sitúa la verdadera ocasión fallida que condujo a un duradero corte entre ecologistas y marxistas productivistas.

### **Las divagaciones de la economía dominante**

El auge de las preocupaciones medioambientales ha venido acompañando de un doble movimiento de diferenciación entre ecología profunda y

5/ Sobre la experiencia soviética, ver: Jean Batou, “Révolution russe et écologie (1917-1934)”, *Vingtième Siècle*, n° 35, juillet-septembre 1992; Daniel Tanuro, “La demasiado breve convergencia entre la Revolución rusa y la ecoló-

gía científica” en <http://www.vientosur.info/spip.php?article12890>, y el libro de referencia de Douglas Weiner: *Models of Nature. Ecology, Conservation and Cultural Revolution in Soviet Russia*, 1988.

ecología social, y de una toma de distancia de los marxistas en relación con la tradición productivista. Pero los reencuentros solo serán posibles si se dejan de lado los errores teóricos que los obstaculizan.

Se sabe que Malthus era una diana favorita de Marx, que al menos sobre este punto estaba de acuerdo con Proudhon, quien había declarado que “si solo hay un hombre que sobra en la Tierra, ese es Malthus”. Marx no se oponía a Malthus solo sobre la cuestión de la sobrepoblación, sino también sobre su concepción según la cual el suelo tendría una “cualidad particular” que “permitiría retirar más alimentos necesarios para la vida que los que son necesarios para hacer subsistir a los que trabajan en el cultivo de la tierra”: ¡una especie de plusvalía natural! Y esta cualidad, este “don que la naturaleza hace al ser humano”, no tiene pues “nada de común con el monopolio”. La fertilidad de la tierra “existe, se tenga o no necesidad de ella; debe, por lo tanto, sobrepasar durante muchos siglos el poder que tenemos de agotarla completamente” (Malthus, 1997). En el mismo orden de ideas, Jean-Baptiste Say comienza por explicar de forma bastante graciosa que sería absurdo crear riquezas naturales (suponiendo que eso sea posible) porque “si lo hacemos para nuestra utilización, nos sería necesario pagar por lo que la naturaleza nos ofrece gratuitamente”. Después de esta sensata observación, Say remacha: “Las riquezas naturales son inagotables, ya que sin ello no las obtendríamos gratuitamente. No pudiendo ser ni multiplicadas ni agotadas, no son objeto de las ciencias económicas” (Say, 2001).

La economía dominante partía, pues, de bastante lejos y le hará falta mucho tiempo para abandonar esa concepción de la tierra como “un don que la naturaleza hace al hombre”. Solo recientemente la teoría neoclásica ha intentado integrar la temática medioambiental, agregando un tercer “factor de producción”, la energía (o, más ampliamente, los recursos naturales), al lado del trabajo y del capital, para mostrar que bastaría con aumentar el precio de la energía para hacer bajar su contribución a una producción dada. Una de las primeras contribuciones en este sentido es la de Nordhaus y Tobin, quienes se preguntaron en 1972 (el año de la publicación del informe Meadows sobre los límites del crecimiento (Meadows *et al.*, 1972) si el crecimiento está obsoleto. Sus conclusiones son retrospectivamente bastante alucinantes: “(Nuestras) simulaciones (...) implican que el crecimiento va a acelerarse en lugar de desacelerarse, incluso aunque los recursos naturales se hagan más raros en el futuro”. Estos resultados se desprenden de una “elasticidad de sustitución elevada” o de un “cambio tecnológico relativamente económico en recursos..., o de ambos” (Nordhaus y Tobin, 1972).

Robert Solow (1974) retoma una metodología análoga, con la misma despreocupación. En una contribución sobre el agotamiento de los recursos, Stiglitz despliega un arsenal matemático para llegar también a esta conclusión tranquilizadora: “No se puede sospechar que una situación en la que exista una reserva para ‘treinta años’ de un recurso natural indique un consumo excesivo de este” (Stiglitz, 1974).

Este marco teórico neoclásico se basa en una hipótesis *ad hoc* de sustituibilidad, resumida así por este *teorema de Solow*: “Constituye un fundamento de la producción que no se pueda desarrollar sin el uso de recursos naturales. Pero yo haría la hipótesis de que siempre es posible sustituir los *inputs* de recursos naturales no renovables por mayores *inputs* de trabajo, en capital reproducible (es decir, la tecnología) o en recursos renovables” (Solow, 1992).

Entonces, basta con jugar sobre el precio relativo de los *factores* para definir una política sostenible. Por la siguiente razón: “La montaña ecológica pare un ratón fiscal” (Husson, 2000). Esta aproximación no es, en realidad, el buen método para tomar en cuenta las constricciones medioambientales pero, desgraciadamente, ha inspirado a algunos teóricos de la ecología preocupados por evaluar la contribución de la energía al crecimiento. Esta concepción ha sido especialmente vulgarizada en un libro de Yves Cochet (2005).

Se apoya en dos oscuros estudios **6/** que rechazan la hipótesis de la sustituibilidad y buscan más bien evaluar la contribución de los diferentes “factores” al crecimiento. Según Cochet, “los cálculos de las productividades de los factores en la producción industrial de los tres países citados muestran que, en una treintena de años, la potencia productiva de la energía es más importante que la del capital o la del trabajo y que es incluso aproximadamente diez veces mayor que el 5% de su coste en el coste total. De media, la contribución productiva de la energía es del orden del 50%, la del capital de aproximadamente el 35% y la del trabajo de alrededor el 15%”.

Este cálculo no tiene ningún sentido. Es evidente, como muestra el gráfico 1, que el crecimiento mundial se ha visto acompañado, especialmente a partir de los años 1950, de un auge paralelo de las emisiones de CO<sub>2</sub>.

También es evidente que el crecimiento capitalista se ha beneficiado de una energía a bajo coste y este factor ha desempeñado un papel decisivo en la puesta en práctica de toda una serie de métodos de producción intensiva que han servido de base para el incremento de la productividad. Con un coste más elevado de la energía, ese incremento de la productividad no habría compensado el aumento del peso del capital, como lo ha hecho. En el caso de Francia, el gráfico 2 muestra una relación muy estrecha entre las fluctuaciones de la tasa de beneficio y el coste del consumo de energía.

## Valor y riqueza: la brújula marxista

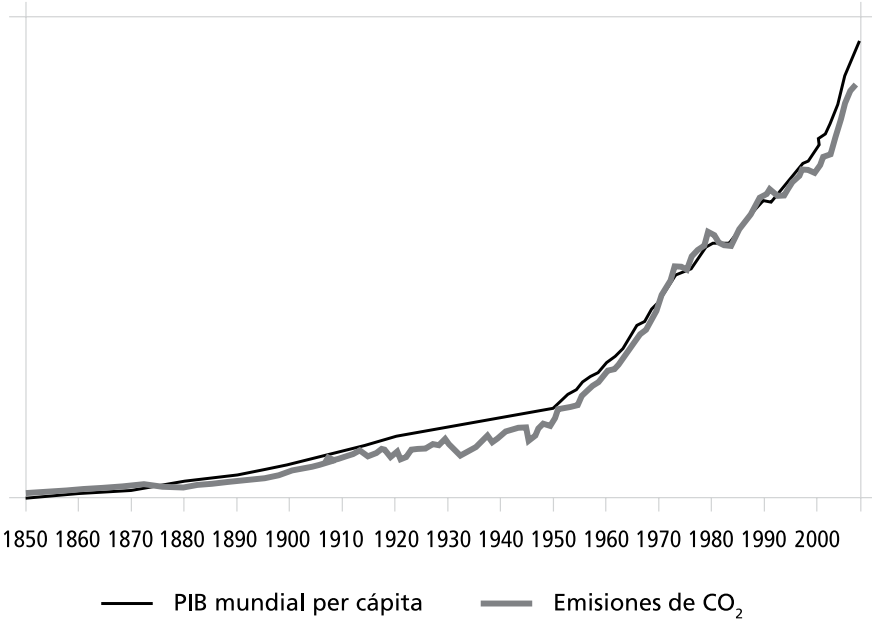
Estas constataciones no cuestionan la teoría marxista del valor, y querer superarla uniéndose a una teoría neoclásica inconsistente es una falsa pista.

**6/** Reiner Kümmel, Dietmar Lindenberger, Wolfgang Eichhorn, “The productive power of energy and economic evolution”, *Indian Journal of Applied Economics*, vol. 8, septiembre 2000; Robert U. Ayres, Benjamin Warr, “Accounting for Growth: The Role of Physical Work”, INSEAD, 2004.

Lo que dice Cochet es bastante representativo de esa crítica: “Karl Marx intentó prolongar la teoría ricardiana del valor-trabajo. Analizó ampliamente la extorsión por parte de los propietarios del capital de la



**Gráfico 1**

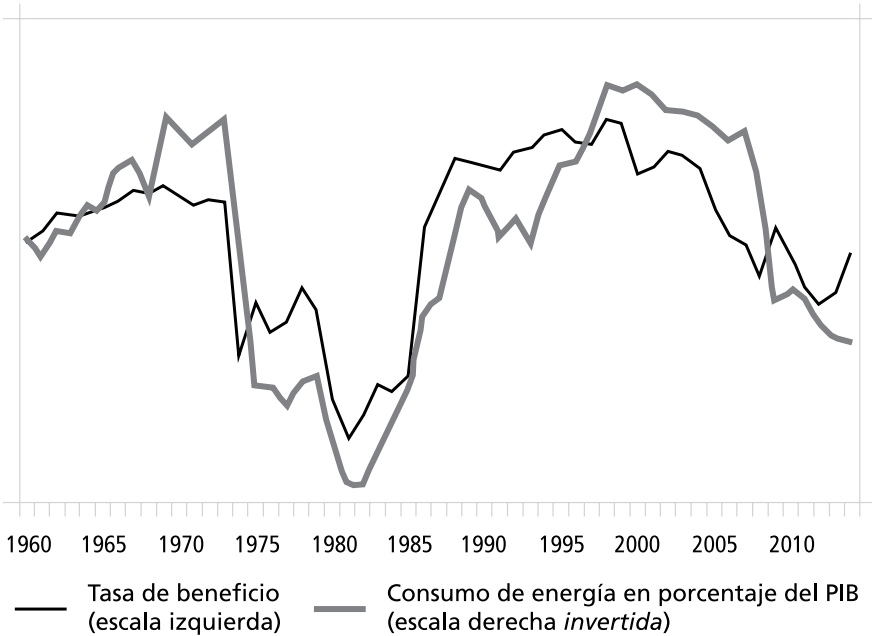


1850 1860 1870 1880 1890 1900 1910 1920 1930 1940 1950 1960 1970 1980 1990 2000

— PIB mundial per cápita      — Emisiones de CO<sub>2</sub>

Fuentes: Angus Maddison, *Historical Statistics of the World Economy*, 2010; CDIAC (Carbon Dioxide Information Analysis Center).

**Gráfico 2**



1960 1965 1970 1975 1980 1985 1990 1995 2000 2005 2010

— Tasa de beneficio (escala izquierda)      — Consumo de energía en porcentaje del PIB (escala derecha *invertida*)

Fuente: Insee.

plusvalía creada por el trabajo asalariado, para concluir que el único valor, el valor real, es el del trabajo invertido en la producción. Pero, en nuestra opinión, esa medida es incompleta e incluso marginal en relación con la extorsión termodinámica sobre los flujos de materias y energía”.

Recordemos que Marx retomaba a su cuenta la máxima de William Petty: la riqueza “tiene por padre el trabajo y por madre la tierra”. El juicio consistente en reprocharle considerar el trabajo como única fuente del valor no hace más que revelar una confusión entre valor y riqueza. Es importante disipar esa confusión conceptual ya que está en la base de numerosas incomprensiones. Por ejemplo, se habría ganado tiempo ahorrándonos el lote de literatura que descubre que el PIB no mide ni el bienestar ni la felicidad. El PIB sirve para medir la actividad mercantil del capitalismo y por ello es adecuado para ello. La falsa crítica que alguna gente le dirige se basa también en una incomprensión de la distinción entre valor y riqueza, que a veces se imputa equivocadamente a los economistas clásicos, desde Smith a Marx 7/.

Al mostrar que el capitalismo no se interesa más que en el valor de cambio, Marx sienta las bases de una crítica de la economía política que puede extenderse fácilmente a las cuestiones ambientales. Se ha visto que, de forma reiterada, Marx procedía a tal extensión. Pero, después de todo, lo importante no es saber lo que Marx dijo o no dijo. La cuestión fundamental va más allá de la marxología: se trata de extraer todas las implicaciones de la distinción entre valor (de cambio) y riqueza para esbozar los principios de otro cálculo económico. Ahí es posible inspirarse en el esquema de Engels: “Cierto que la sociedad tendrá también que saber entonces cuánto trabajo requiere la producción de cada objeto de uso. Pues tendrá que establecer el plan de producción atendiendo a los medios de producción, entre los cuales se encuentran señaladamente las fuerzas de trabajo. El plan quedará finalmente determinado por la comparación de los efectos útiles de los diversos objetos de uso entre ellos y con las cantidades de trabajo necesarias para su producción. La gente hace todo esto muy sencillamente en su casa, sin necesidad de meter de por medio el célebre valor” (Engels, 1964).

Y Engels remacha en una nota a pie de página: “Esta estimación del efecto útil y el gasto de trabajo en la decisión sobre la producción es todo lo que queda del concepto de valor de la economía política”.

En *El Capital*, Marx extiende ese principio a la relación con la naturaleza: “Los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego, que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana” (Marx, T III).

Tenemos ahí una buena definición de la planificación ecológica. El objetivo del sistema económico ya no debería ser el de maximizar el beneficio, como es el caso bajo el capitalismo,

7/ Este es el caso, por ejemplo, de Domini- que Méda en *Qu'est-ce la richesse?*, 1999.

sino el de maximizar el bienestar bajo constricciones sociales y medioambientales. Los útiles del análisis marxista pueden, pues, ser movilizados de forma útil para fundar un ecosocialismo alrededor de este principio: las soluciones mercantiles (ecotasas o permisos de emisiones) no pueden responder plenamente al problema climático que solo se puede afrontar mediante una planificación ecológica. En fin, los análisis de Marx son un perfecto antídoto a las tesis (neo)malthusianas que desgraciadamente han vuelto a la superficie en un reciente manifiesto de científicos que propone “Evaluar de manera científica el tamaño de población humana sostenible a largo plazo y pedir a las naciones y a sus líderes que apoyen ese objetivo vital” **8/**.

### **Límites y fronteras**

Para delimitar mejor el método de Marx, es útil introducir una distinción esencial entre límites y fronteras, tal como sugiere Antonin Pottier. Los límites reenvían principalmente al agotamiento de los recursos pero, en sí mismos, no abren la posibilidad de una desaparición de la especie humana. Por otra parte, no implican de ninguna forma el fin del capitalismo, como explica Pottier: “La proximidad de un límite vendrá señalada por la escasez (por ejemplo de materiales) y después por la imposibilidad de nuevas extracciones. El capitalismo sabe muy bien gestionar la escasez, es una de las fuerzas que lo impulsan, ya que alimenta las perspectivas de beneficio (...). La propiedad privada de los medios de producción y la iniciativa individual de los productores no son incompatibles con la existencia de límites ecológicos” (Pottier, 2017).

Las fronteras son de otra naturaleza: franquearlas entraña la posibilidad de una catástrofe global. En ellas se basa el verdadero *paradigma ecológico* que corresponde “al escenario en el que el uso excesivo e incontrolado de energía desemboca en efectos catastróficos para el equilibrio planetario. Ya no se trata del agotamiento de los recursos, sino de ruptura del equilibrio en la biosfera” (Husson, 2000). Y Pottier explica por qué el capitalismo no puede tomar en cuenta esas fronteras: “Es preciso un mecanismo social que haga tangible esa frontera para los capitalistas, que modifique su perspectiva de beneficio e inflexione la dinámica de acumulación del capital para que actúe en el interior de las fronteras ecológicas. Sin embargo, el capitalismo, como sistema que deja la iniciativa a los actores privados individuales, está justamente desprovisto de tal mecanismo. No puede, pues, hacer respetar las fronteras ecológicas” (Pottier, 2017).

Este útil de lectura conduce a desmarcarse de marxistas como Paul Burkett y John Bellamy Foster que tratan de volver a la “ecología de

Marx” **9/** basada en la noción de “ruptura metabólica” entre la naturaleza y la especie humana que efectivamente se encuentra presente en Marx. Aunque tenía conciencia de los riesgos de agotamiento de

**8/** Manifiesto de 15.364 científicos: Advertencia de la Comunidad Científica Mundial a la Humanidad: Segundo Aviso, en <http://vientosur.info/spip.php?article13218>, 20/11/2017.

**9/** Ver, entre otros: Paul Burkett, 1999, y John Bellamy Foster, 1999.

los suelos y de los recursos naturales, Marx no estaba en condiciones de tomar en cuenta las fronteras, definidas no en términos de agotamiento sino de catástrofes ecológicas relacionadas con el desarreglo climático. Ciertamente, estos dos fenómenos se combinan, pero es necesario distinguir sus resortes: por ejemplo, una catástrofe climática global podría tener

## **“El ecosocialismo no puede contentarse con una vuelta a la ecología de Marx: debe proceder a su extensión”**

lugar incluso antes de que hayan desaparecido los recursos en petróleo o metales raros. En sentido inverso, su agotamiento no implica en tanto que tal el desencadenamiento de una catástrofe climática.

Nos queda que la amenaza fundamental –las emisiones de gas de efecto invernadero que desencadenen un desequilibrio climático mayor– era desconocida en la época de

Marx y está ausente en sus trabajos. Es por lo que el ecosocialismo no puede contentarse con una vuelta a la ecología de Marx: debe proceder a su extensión.

Este itinerario, que lleva de Marx al proyecto ecosocialista, sugiere un pronóstico más bien optimista en cuanto a la convergencia en curso entre ecología y marxismo. Se basa en una toma de distancia simétrica: por un lado, con la ecología *profunda*, desconectada de la cuestión social, y, por otro, con el productivismo que ha impregnado durante mucho tiempo al movimiento obrero. Teóricos como Daniel Tanuro o Jean-Marie Harribey, a quienes debe mucho esta crónica, contribuyen a ello ¡con energía! Otra cuestión es que ese proyecto avance de forma rápida y amplia a la medida del desafío climático.

*Michel Husson* es economista. Autor de *El capitalismo en diez lecciones* (Los libros de **viento sur** y La Oveja Roja, 2013)

Artículo original publicado en

<http://alencontre.org/laune/marx-a-t-il-invente-lecosocialisme.html>

Traducción **viento sur**

### **Referencias**

Ayres R. U. (2004) *Warr B. Accounting for growth: The Role of Physical Work*, Insead, 2004.

Burkett P. (2006) *Marxism and ecological economics. Toward a red and green political economy*. Historical Materialism, Volumen 11, Brill Leiden, Boston. Disponible en <http://14.139.206.50:8080/jspui/bitstream/1/1511/1/Burkett,%20Paul%20-%20Marxism%20and%20>

Ecological%20Economics%20Toward%20a%20Red%20and%20Green%20Political%20Economy%202006.pdf

Burkett P. (1999) *Marx and Nature: A red and green perspective*, 1999, disponible en [https://www.researchgate.net/publication/250022176\\_Marx\\_and\\_Nature\\_a\\_red\\_and\\_green\\_perspective](https://www.researchgate.net/publication/250022176_Marx_and_Nature_a_red_and_green_perspective)

Bujarin, N. (1974) *La teoría del materialismo histórico*. Ed. Siglo XXI. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/244306340/BUJARIN-Nikolai-I-Teoria-del-materialismo-historico-Ensayo-popular-de-sociologia-marxista>

Cochet, Yves (2005) *Pétrole apocalypse*, Ed Fayard.

Engels, F. (2017) *Dialéctica de la naturaleza* (1876), Akal, 2017. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/dianatura/index.htm>

Engels, F. (1882) *Carta de F. Engels a K. Marx*, <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e1882-12-19.htm>

Engels, F. (1964) *Anti-Dühring (La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring)*. Ed. Gribalbo, 1964. Disponible en [http://www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/engels\\_antiduhring\\_interior.pdf](http://www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/engels_antiduhring_interior.pdf)

Foster, John Bellamy. (1999) “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology”, *American Journal of Sociology*, Vol. 105, No. 2, September 1999. Disponible en <http://pombo.free.fr/foster1999.pdf>

Foster J.B., Clark B., York R. (2010) *The Ecological Rift. Capitalism’s War on the Earth*. Disponible en <http://www.english.ufl.edu/mrg/readings/jbf-ecorift.pdf>

Foster J.B., Burkett P. (2016) *Marx and the Earth. An Anti-Critique*. Brill, Boston.

Hampton P. (2010) “Marxism and entropy”, *Workers’ Liberty*, May 8. Disponible en <http://www.workersliberty.org/blogs/paulhampton/2010/08/05/marxism-and-entropy>

Husson, Michel. (2000) “L’introuvable économie écologique“, capítulo 6 de: *Sommes nous trop?* Ed. Textuel. Disponible en <http://hussonet.free.fr/66616.pdf>

Husson, Michel. (2000) “La planète a-t-elle des limites?”, capítulo 3 de: *Sommes nous trop?*, Ed. Textuel. Disponible en <http://hussonet.free.fr/66616.pdf>

Kautsky, K. (1968) *La cuestión agraria*, Ed. Siglo XXI, 1968, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1899/kautsky-la-cuestion-agraria.pdf>

Malthus, Thomas. (1997) *Principios de economía política*, Ed. Fondo de Cultura Económica.

Meadows, Donella H. (1972) *Los límites del crecimiento*, Ed. Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (2005) *Manuscritos de economía y filosofía*, Ed. Alianza Editorial. Disponible también en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/index.htm>

- Marx, K. (2013) *Contribución a la crítica de la economía política*, Ed. Siglo XXI. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/1859contri.htm>
- Marx, K. (2007) *Elementos para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Ed. Siglo XXI, 2007. Disponible en <https://lahistoriadeldiablo.wordpress.com/2013/10/20/karl-marx-grundrisse-tomo-i-ii-y-iii-descargar-libros/>
- Marx, K. (1959) *El Capital* –en tres tomos–, Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Nordhaus, William y Tobin, James. “Is Growth Obsolete? en: NBER, *Economic Research: Retrospect and Prospect*, Vol. 5, 1972.
- Pottier, Antonin. (2017) *Le capitalisme est-il compatible avec les limites écologiques* (premio Veblen al investigador novel).
- Say, Jean-Baptiste. (2001) *Tratado de economía política*, Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Solow, Robert. (1992) “An almost practical step toward sustainability“, *Resources for the Future, Occasional Paper*.
- Solow, Robert. (1974) “The Economic of Resources of Economics“, *The American Economic Review*, Vol. 64, No. 2, 1974.
- Stiglitz, Joseph. (1974) “Growth with Exhaustible Natural Resources: Efficient and Optimal Growth Paths“, *The Review of Economic Studies*, Vol. 41.
- Tanuro, Daniel. (2010) “Écologie: le lourd héritage de Leon Trotsky“, *La Gauche*, 23 de agosto de 2010.
- Tanuro, Daniel. (2007) “¿Energías de flujo o energías de stock? Un caballo de Troya en la ecología de Marx“, disponible en <http://www.vientosur.info/documentos/ecologia-marx.pdf>
- Trotsky, León. (2014) *Literatura y Revolución*. Ed. Razón y Revolución, 2014. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1920s/literatura/indice2.htm>
- Vernadsky, Vladimir. (1997) *La biosfera*, Ed. Fundación Argentaria - Visor dis. Disponible en <http://www.fcmanrique.org/recursos/publicacion/4a265c0bLabiosfera1-2.pdf>
- Von Liebig, Justus. (1859) *Letters on modern agriculture*, 1859.